

A close-up, profile photograph of Cardinal Carlo Maria Martini. He is wearing a red zucchetto and a dark blue cassock with a red collar. The background is a soft, out-of-focus grey.

Carlo Maria
Martini

INVOCAR
AL PADRE

ORACIONES

verbo divino

PRESENTACIÓN	7
CATEQUESIS SOBRE LA ORACIÓN	15
ORACIONES	
<i>de invocación al Espíritu Santo</i>	28
Oración de los discípulos en el cenáculo	29
La acción del Espíritu en nosotros	32
Espíritu de verdad	33
Soplo del amor del Padre.....	34
El viento del Espíritu	35
Penetra en nuestra vida	36
La disciplina del corazón	37
Amor derramado en los corazones	38
ORACIONES	
<i>para encuentros de lectura del evangelio</i>	39
Haz que me deje conducir por ti	40
Libéranos de la esclavitud de las palabras	41
Moldeados por ti	42
Colma nuestra vida.....	43
Sígueme.....	44
En el hoy de la vida	45

Llena nuestros corazones	46
La riqueza del Espíritu.....	47
Don sincero de sí	48
Con humildad y confianza.....	50
Acogidos en el corazón del Padre.....	51
Hijos de la luz	53
Buscarte en las palabras de la Escritura	54
Tú conoces nuestra flaqueza	55
Quédate con nosotros	56
Ábreme el corazón.....	57

ORACIONES

a María	58
A los pies de la cruz	59
El coraje del amor	60
Tu mirada sobre el mundo	61
Sobre el horizonte de nuestros tiempos.....	62
La alegría de tu Pascua	63
Te pertenecemos	64
Creer como creíste tú	65
En ti ponemos nuestra mirada.....	66
Vela sobre nuestro camino.....	67
Tu «sí».....	68
Inflamados por el fuego del Espíritu	69
Cenáculo de oración.....	70
Confiamos en tu ayuda	71
Resplandece en nuestras conciencias	72

En el corazón de Cristo.....	73
Fieles a Jesús.....	74
La alegría de la vida.....	75
Como tú.....	76
El sueño divino	77
Estrella que nos guía	78
Acompáñanos en el camino.....	79
Madre de la esperanza.....	80
Tú eres nuestra guardia.....	81
Madre de la misericordia	82
Madre de la alegría	83
El misterio de la eucaristía.....	84
Madre del amor y la alabanza.....	85
Plenitud de amor.....	86

ORACIONES

<i>con ocasión de la Navidad</i>	87
La estrella de la esperanza.....	88
El pesebre	89
Vivir la Navidad	90
Luz para los demás	91
Llamados por nuestro nombre	92
Epifanía, fiesta de todos.....	93
Hoy has venido.....	94
Madre dulcísima.....	95
Feliz Navidad	96
Inicio de un tiempo nuevo	97

ORACIONES

con motivo del Domingo de Ramos

y el Triduo pascual 98

Domingo de Ramos 99

La fuerza de la verdad 100

Las puertas de nuestro corazón 101

Hacia Jerusalén 102

Zarza ardiente..... 103

Tu Reino 104

Jueves santo..... 105

Amor eucarístico..... 106

Libres para amar..... 107

El don en nuestras manos 108

Sacramento de la alianza 109

La eucaristía en el centro 110

Atráenos hacia ti 111

Esta tarde, por nosotros 113

Pan partido..... 114

En memoria tuya..... 115

Tu amor por nosotros..... 116

Dispuestos a entregarnos..... 117

Sacrificio de amor 118

Iglesia del jueves santo 120

Viernes santo 122

Perdón..... 123

Fuerza de vida 124

Solo sobre el Calvario..... 125

Desde lo alto de tu cruz	126
Capaces de pararnos	127
Costado traspasado	129
Crucificado.....	131
Amados hasta el fondo	133
Tu rostro.....	135
Vocación de Dios.....	136
Tu muerte por amor.....	137
Quién eres tú.....	138
A ti, María.....	139
Fiat.....	140
Madre del dolor.....	141
Tu cruz.....	142
<i>Vigilia pascual y día de Pascua</i>	143
Presencia leve y fuerte	144
Una vida nueva.....	145
Tras la muerte	146
Esperanza de resurrección.....	147
Alegría inefable.....	148
Plenitud de vida.....	149
Vida en la muerte	150
Padre de la vida.....	151
Resucitado y vivo.....	152
Vivir de ti.....	153
El fruto más hermoso	154
Fermentos de resurrección y de paz.....	156

ORACIONES

por los jóvenes	157
Agua, pan, luz	158
Tú eres mi vida	160
Tú eres el Otro.....	163
Gracias por esta llamada.....	164
Instrumento de tu paz	165
La fuerza de tu Palabra.....	166
Señor de la paz.....	167
Hemos visto	168
¡Alabada seas, María!	169
Testigos de la alegría	172
Hazme Evangelio	173
Ábrete, corazón mío	174
Dar la vida por ti.....	175
Transparentes y acogedores.....	176
Tú nos llamas.....	177

ORACIONES

por la familia	179
Por nuestra familia.....	180
En tu escuela	182
Transmitir la fe.....	184
En tu presencia	186
Te rogamos	188

APÉNDICE

ORACIÓN

<i>examen de conciencia sobre el tiempo</i>	192
La filiación	193
La elección.....	194
La tentación y el pecado.....	195
El resentimiento.....	197
Reconozco mi culpa.....	198
Arrepentimiento	199
La justicia de Dios.....	201
El juicio	202
Purgatorio.....	204
Infierno	206
La esperanza	210
La muerte corporal.....	213
Tú estás a mi puerta.....	214
El retorno de Jesús	216

Presentación

Los textos de oración del cardenal Martini están todos ellos inspirados en la fe cristiana y además expresan, con mucha amplitud de miras, el camino del hombre con sus dificultades y sus esperanzas. Aquí reside, a mi parecer, la razón de que estas oraciones puedan resultar útiles a muchos.

Respecto a lo que las propició, me parece que se deben recordar las circunstancias en que nacieron. Su contexto concreto es el de los mil encuentros que el cardenal Martini vivió. Oraba en voz alta ante asambleas atentas que, al tiempo que lo escuchaban, inspiraban en alguna medida el desarrollo mismo de tales oraciones.

Detrás de estos textos se encuentra, además, la sensibilidad humana y espiritual del cardenal Martini. Otros pastores, en un con-

texto semejante, se habrían expresado de otro modo, por supuesto igualmente legítimo y quizá de gran belleza.

Los distintos capítulos que comprende esta colección de oraciones están vinculados, en parte, al año litúrgico. De ahí que dichas oraciones se puedan calificar de «resonancias» del misterio celebrado.

La fiesta de la Epifanía, por ejemplo, lleva al cardenal Martini a pedirle al Señor: «Concédenos sentir como un aguijón en la carne la urgencia de ser luz para los demás». A uno le viene a la memoria lo que el hermano Roger Schutz les pedía a los jóvenes: «Sed un reflejo de Dios».

La Semana Santa, en particular el jueves santo, le lleva a decir: «Haz que la eucaristía sea en verdad norma de nuestra fe y de nuestra vida». Recuerdo que el cardenal Martini, en el marco del Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Milán en 1983, hizo ante la asamblea general de los obispos italianos una hermosa exposición sobre el tema: «La eucaristía, forma de la Iglesia». ¡Qué importante conversión se plantea así para las distintas comunidades cristianas y para la Iglesia entera!

El viernes santo le sugiere: «Haz, oh Padre, que sepamos llevar hasta la noche del mundo tu pasión de amor por toda criatura humana».

En el día de Pascua, la resurrección de Cristo le hace pedir una gran gracia: «Haz de nosotros esa humanidad distinta que todos esperan, de modo que demos testimonio de que la vida es más fuerte que la muerte; el espíritu, más fuerte que la ley; el amor, más fuerte que el pecado; la esperanza, más fuerte que cualquier desilusión».

Entre las oraciones encuentran su puesto algunas dedicadas a dos realidades fundamentales para la vida de la Iglesia: la familia y los jóvenes.

A propósito de la familia, que él entiende en correlación con la Iglesia, dice: «Haz que la Iglesia se asemeje cada vez más a una familia: que favorezca la amistad fraterna, que acoja la colaboración de todos, que esté atenta a todos, especialmente a las familias sin cariño, sin pan, sin trabajo, sin alegría». Luego formula una oración como si tuviese ante él a los padres: «Haz que nuestra familia se asemeje cada vez más a la Iglesia: que tenga fe en ti, que acoja la palabra de Jesús, que ayude a los hijos a responder con alegría a tu llamada, que se

abra al diálogo y a la colaboración con las demás familias».

En cuanto a los jóvenes, el arzobispo empataza con ellos y da voz a cuanto de positivo tienen en su corazón. Así, dice: «Te pedimos, Señor, que hagas de nosotros, los jóvenes, agua viva para los demás, pan partido para los hermanos, luz para los que caminan en las tinieblas, vida para los que andan a tientas en medio de sombras de muerte». A estas palabras se podría añadir lo que se lee sobre la tumba de Charles de Foucauld: «Quiero gritar el Evangelio con toda mi vida». ¿No necesitamos, acaso, jóvenes así?

El cardenal Martini transforma indefectiblemente en oración el momento inicial o final de encuentros dedicados a la meditación del Evangelio. Un texto que cabe perfectamente poner en labios de un joven que piensa en su futuro reza así: «Haz, oh Señor, que me deje conducir por ti, hacer por ti, transportar en ese vuelo de águila que me hará llegar a regiones inexploradas y siempre nuevas».

La escucha de la Palabra de Dios puede convertirse en deseo de vivir la imitación de Cristo: «Concédenos abrirnos a ti, unirnos a tu adoración del Padre, a tu obediencia, a tu man-

sedumbre, a tu pobreza. Concédenos dejarnos moldear por ti». De este modo se afirma que la profundización en temas como la pobreza o la obediencia se podrá dar mejor en la medida en que nos preguntemos cómo los vivió y explicó nuestro Señor Jesucristo.

El cardenal no olvida que, en el camino de la vida, jóvenes y adultos se ven también puestos a prueba y que, a veces, deben enfrentarse al enemigo de Dios y del hombre. Esta es la oración propuesta a este respecto: «Haz que no tengamos miedo de las tentaciones, sino que les plantemos cara; que no nos espantemos de las sugerencias del maligno, sino que sepamos responderle con calma, desde la obediencia y el abandono al Padre».

En esta colección de oraciones se encuentra una referencia confiada a María. El cardenal Martini cita el *Magnificat* y se pregunta si no quedó desmentido hace dos mil años y no queda desmentido también hoy. Pero nos anima diciendo: «Haz, oh María, que no temamos el combate con el dragón, con el mal; confírmannos en la certeza de que tu Hijo ha resucitado».

Habla después de la Inmaculada y se detiene sobre la vida de la Iglesia. Pide: «Vela, oh María, sobre la Iglesia, para que, en su reflexión

sobre el camino andado, compruebe si refleja realmente el amor de Dios al hombre, a cada persona de la tierra».

Y de nuevo se dirige a María llamándola «Madre de la esperanza». Él sabe que hoy la esperanza se considera una perspectiva muy dificultosa, aunque también muy necesaria. Dice: «Concedéndonos mantener la esperanza por nosotros, por la humanidad entera; concedéndonos creer que no existe situación, por desesperante que sea, en la cual no pueda entrar la fuerza de la resurrección de Cristo». Es esta una petición que se puede dirigir con ánimo filial a María, puesto que ella, como su Hijo, ha superado la muerte, ha sido asunta al cielo y nos precede a todos en la Jerusalén celestial.

Recojo, finalmente, una doble reflexión: una sobre nuestra incapacidad para orar y otra sobre el Espíritu Santo. Refiriéndose al evangelio según Lucas que habla de un demonio mudo (11,14), el cardenal Martini hace una afirmación muy fuerte. «El mudo –dice– es todo cristiano; somos nosotros, incapaces de hablarle a Dios». Es preciso un milagro que nos libere del maligno, que nos haga oír a Dios y nos lleve a hablar con él. ¿Quién de nosotros no tiene necesidad de ese milagro?

El milagro de la oración requiere la invocación asidua del Espíritu Santo, que está en el núcleo de toda la experiencia cristiana. El cardenal Martini, pensando en la Iglesia con realismo y visión profunda, pone de relieve esta verdad al decir: «Sin ti, oh Espíritu divino, Dios parece lejano; Cristo se queda en el pasado; la Iglesia, en una simple organización; la misión, en una propaganda; el Evangelio, en letra muerta. Eres tú, oh Espíritu, quien haces presente al Padre, quien pones en medio de nosotros a Jesucristo, quien haces de la Iglesia una comunión; del Evangelio, una realidad viva; de la liturgia, un memorial eficaz».

Renato Corti
Obispo emérito de Novara

Catequesis sobre la oración

El pasaje de Lc 11,1-14

Entre las páginas del Evangelio que el leccionario litúrgico de la XXVII semana del Tiempo Ordinario ofrece a nuestra meditación, quiero reflexionar sobre el pasaje del capítulo 11 del evangelio de Lucas que, en el v. 14, cierra la enseñanza sobre la oración. Es una sección que comprende tres perícopas: el «padrenuestro», la parábola del «amigo inoportuno» y la «eficacia de la oración».

Curiosamente, el leccionario no recoge el v. 14 tal como se lee en la Biblia. De hecho, dice: «En aquel tiempo, habiendo echado Jesús un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: “Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios”».

Prefiero retomar el versículo completo: «Estaba Jesús echando un demonio que era mudo. Apenas salió el demonio, rompió a hablar el mudo, y la multitud se admiraba. Pero algunos de ellos dijeron: “Si echa los demonios...”».

El milagro del mudo es muy importante. Situado al término de la enseñanza sobre la oración, lo que pretende es subrayar que el mudo es todo cristiano, somos nosotros, incapaces de hablarle a Dios y, por tanto, invitados a abrirnos a la oración, a invocar al «Padre». Este es el sentido completo del pasaje evangélico desde el v. 1 al 14.

Nosotros que nos esforzamos en orar, que experimentamos una especie de mutismo en nuestra relación con Dios, somos curados por el Señor en virtud de su poder y sus palabras. Y así aprendemos a pronunciar el nombre de «Padre», a vivir la oración incesante e insistente. Porque las palabras de Jesús se refieren no solo a la recitación ocasional del «padre-nuestro», sino a esa oración que en otros lugares del Nuevo Testamento se describe como «continua».

Me limito a recordar un texto entre otros muchos: «Les propuso una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1).

Debemos, pues, salir del mutismo, llamar a Dios «Padre» y orar de manera incesante.

El punto de partida de la oración

Releamos lo esencial de los versículos de Lucas.

«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar» (11,1). El comienzo de nuestra oración es la oración de Jesús. Podemos orar porque él ora, y nuestra oración entera se inserta en la suya. ¿Cómo podríamos decir «Padre» sino en él?

Es una verdad consoladora. Aunque hayamos abandonado un poco la oración, aunque la hayamos descuidado, nunca es necesario volver a empezar de cero, dado que Jesús ora siempre y, por tanto, siempre podemos insertarnos en él.

Evidentemente, el sacerdote cuenta con mucha ventaja: sus manos portadoras de la eucaristía le convierten en testigo cotidiano de la oración de Jesús al Padre y, por consiguiente, le permiten unir su oración a la del Hijo.

No se trata solo de orar porque Cristo oró o como él oró, sino de orar en él, de saber que Jesús sostiene, fortalece e impregna nuestra oración.

La petición relativa a la oración

«Cuando terminó, uno de los discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”» (v. 1).

Esta petición se hace hoy con mucha frecuencia; la gente desea orar (más de lo que nos parece), se lamenta y se siente humillada por no saber orar. Sin embargo ora, como se desprende de una reciente investigación sociológica realizada en Estados Unidos, el país del activismo, de la exterioridad. De dicha investigación se desprende que la mayor parte de la población reza de vez en cuando, se acuerda de Dios, lo invoca. No se trata de una oración hecha con regularidad, pero la gente reconoce que tiene necesidad de Dios y quiere aprender a orar mejor, a vencer las distracciones.

Es frecuente que esta petición relativa a la oración también nos la hagan a nosotros. En diversas ocasiones he recordado que la iniciativa de las Escuelas de la Palabra partió precisamente de la petición que algunos jóvenes me hicieron en mayo de 1980. Me pidieron que les enseñara a orar poniéndoles algún ejemplo práctico a partir de la Biblia.

Si no respondemos a esta petición de la gente, buscarán una respuesta en otra parte: pensemos en la meditación trascendental, en todas las formas de meditación oriental, en las sectas que proliferan porque introducen a las personas en una oración muy emotiva, incluso vibrante, rica en música y en cantos.

La estructura de la oración

«Él les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación”» (vv. 2-4).

Esta instrucción sobre la oración es uno de los puntos fundamentales de todo el Evangelio. No es casualidad que, en el texto paralelo de Mateo, el «padrenuestro» esté en el centro del sermón de la montaña. Podemos decir, incluso, que el «padrenuestro» resume todo el cristianismo, todo lo que somos, lo que vivimos, todo aquello de lo que tenemos necesidad, todo cuanto nos caracteriza como hijos de Dios en camino hacia el Reino. Es una oración que no terminaremos nunca de meditar. A quien no sepa rezar, le basta con retomar poco a poco, palabra por palabra, el «padrenuestro».

Intentemos, pues, captar la estructura fundamental de esta oración, que incluye tres momentos: el primero es como el origen de un manantial; el segundo es como un surtidor que

sube hacia lo alto; el tercero es el surtidor que desciende regando todo cuanto hay alrededor.

1. El manantial queda expresado con la palabra «Padre» y es, para quien ora, el espíritu de filiación. Dado que vivir como hijos significa vivir el bautismo, en la oración vivimos al máximo nuestro bautismo.

El espíritu filial es la raíz de toda oración, es la actitud más importante, porque la vida eterna consiste en la explicitación de esa condición de hijos de Dios. Adviértase que en el «padrenuestro» podríamos repetir la palabra «Padre» en cada invocación: Padre, venga tu Reino; Padre, hágase tu voluntad; Padre, perdona nuestros pecados; Padre, líbranos de la tentación.

2. El segundo momento está constituido precisamente por las invocaciones que suben hacia lo alto, como un surtidor, que se dirigen a Dios en segunda persona: «Venga *tu* Reino, santificado sea *tu* nombre». Con la fuerza del Espíritu Santo, el alma redimida, bautizada, se eleva hacia el Padre.
-

3. El tercer momento es el posterior descenso sobre la tierra de este surgido espiritual, de este lanzamiento poderoso del Espíritu Santo que nos impulsa hacia lo alto. El posterior descenso sobre la tierra es sobre nosotros, que tenemos hambre, que tenemos necesidad de perdón, que debemos perdonarnos mutuamente, que nos vemos tentados por ser débiles y frágiles.

Así, la oración nos introduce en la verdad de nuestro ser: Señor, no permitas que yo caiga en la tentación. Ya ves cómo me encuentro tentado, cansado, aburrido, perezoso; líbrame de todo cuanto me impide tener confianza en ti, contemplarte y amarte como Padre.

Esta estructura de la oración guarda correspondencia con las dos definiciones clásicas que estudiamos: la oración es «*elevatio mentis in Deum*» o «*petitio decentium a Deo*».

Los dos primeros momentos del «padrenuestro» son «*elevatio mentis in Deum*»; el tercero es «*petitio decentium*», expresión de nuestras necesidades corporales y espirituales, de las dificultades de la vida del discípulo.

La insistencia de la oración

«Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”. Y, desde dentro, el otro le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”. Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite» (11,5-8).

Jesús nos hace dar un paso más. No nos dice solo que oremos como hijos, pidiendo humildemente aquello de lo que tengamos necesidad, sino que nos pide que *insistamos*. Y creo que esta es la enseñanza de la que tenemos más urgente necesidad.

Todos los detalles de esta breve parábola exponen la situación real de aquellos creyentes que se esfuerzan por vivir la oración continua.

Fijémonos, por ejemplo, en la palabra «medianoche», es decir, el tiempo en que estamos cansados y tenemos ganas de dormir.

Precisamente en ese momento llega un amigo de un viaje largo y tenemos la tentación de no acogerlo, de no abrir la puerta, porque de

hecho molesta. Sin embargo, uno quiere cumplir con los deberes de la hospitalidad y, puesto que no tiene nada de comer para darle, hace de tripas corazón y se va a llamar a la puerta de otro amigo.

Jesús nos dice: si estáis exhaustos, pedid también vosotros con insistencia.

La situación descrita es la del pastor, la de alguien que debe dar a menudo a otros el alimento espiritual que le piden. Pero la insistencia de los demás es grande, y entonces el pastor se decide a pedirle al Señor, a orar. Evidentemente, quien se presenta en casa de un amigo a medianoche lo hace sintiéndose vendido, no con ánimo tranquilo; no obstante, no deja de hacerlo.

No os dejéis embargar por el desánimo —nos enseña Jesús—: id pese a todo, insistid pese a todo.

El amigo va entonces y llama a la puerta; curiosamente, la respuesta no es buena, y debe continuar llamando. Resulta embarazoso insistir, lo mismo que resulta embarazoso continuar pidiendo al Señor. Cuando nuestra oración parece que no es escuchada, nos imaginamos que Dios está un poco sordo y experimentamos la turbación del hombre que está fuera con la

esperanza de que el otro se mueva y le abra la puerta. Cuanto más tiempo pasa, más perdemos la confianza en Dios.

Pero Jesús nos repite: continúa pidiendo, porque pedir es ya una gracia; el pedir te hace ya hijo, pedir es ya ser escuchado. Si no cejas en tu oración, por más que esta sea material, pobre y repetitiva, llegarás misteriosamente a ser hijo y recibirás además el pan para alimentar a otros, aunque tú te sientas cansado, frío y pobre.

La de este pasaje no es una oración fácil, tranquila, gozosa, que alimenta, sino una oración ardua. Es en virtud de ella, sin embargo, como Dios nos da el verdadero pan, a saber, la conciencia de nuestra condición filial, el don de vivir abandonándonos al Padre con la certeza de que él nunca nos dejará solos.

Surgen espontáneas estas preguntas: ¿por que tiene Dios necesidad de nuestra insistencia? ¿Acaso no sabe antes que nosotros de qué tenemos necesidad?

En realidad, somos nosotros quienes, al orar con insistencia, nos purificamos y, al pasar por la humildad de reconocer que no sabemos orar, llegamos a ser hijos.

El Señor da mucha importancia a esta enseñanza sobre la oración continua, de la cual se

deriva también la perseverancia en el ministerio, en el esfuerzo cotidiano del servicio. Insistir en la oración sostiene y transforma toda la jornada, la vida entera.

La confianza

«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre» (vv. 9-10).

Y también: «¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (vv. 11-13).

Así pues, confianza total en la oración, certeza de obtener el Espíritu Santo. Este es el don por excelencia. Nosotros, como advierte san Pablo, no sabemos muy bien qué pedir, no sabemos muy bien qué es el don del Espíritu Santo, pero lo obtenemos. Y, en realidad, es el espíritu filial, es la presencia de la fuerza de Dios en nosotros, es la capacidad misma de perseverar en la fe árida y en la oración desnuda,

desconsolada. El Espíritu es una fuerza que no procede de un simple momento de feliz configuración de nuestra mente, de nuestro cuerpo; es una fuerza de lo alto, que nos permite perseverar, crecer y purificarnos en la filiación divina.

Conclusión

Todos los cristianos, incluidos los monjes, los eremitas, deben aprender a vivir esta oración insistente, continua, incesante; deben aprender a pedir con la confiada certidumbre de que obtendrán el don del Espíritu, el don que les permitirá crecer y llegar a ser cada vez más plenamente hijos de Dios.

A veces, cuando pensamos en la vida monástica, nos complacemos en los cantos, en las largas liturgias, en la atmósfera que se respira en los conventos.

Sin embargo, quien allí entra se apercibe pronto de que es un camino muy duro y de que, si no se acomete una intensa purificación, resulta insoportable; si se realiza esa purificación, poco a poco la persona se ve transformada.

Lo que los monjes viven de manera límite expresa el esfuerzo de todos, el esfuerzo de insistir en la oración incluso en medio de la aridez, de la oscuridad, de la soledad, allí donde

la oración se convierte en verdaderamente divina, en don suscitado por el Espíritu Santo.

El fruto de toda la exhortación sobre la oración recogida en el capítulo 11 de Lucas es el *mudo que habla*.

El demonio ahoga en nosotros la oración, nos impide orar, nos hace creer que no sirve para nada, que hay cosas más importantes que hacer. Jesús, con la curación del mudo, vence al demonio, y la oración regresa. Regresa y acompaña nuestro servicio ministerial, tiende a convertirse en continua según las enseñanzas transmitidas por el Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia, impregna toda la vida.¹

Oración de los discípulos en el cenáculo

Ven, Espíritu del Padre y de Jesús,
guíanos hacia la verdad completa,
ayúdanos a permanecer en el amor de Jesús,
a recordar y cumplir
todo lo que Jesús nos enseñó.

Señor Jesús, bajo la guía de tu Espíritu,
procuramos recordar las palabras
que nos decías cuando estabas entre nosotros.
Lo habíamos dejado todo
y te habíamos seguido.
Nos habías conquistado con tu palabra
y con los gestos prodigiosos
con que sanabas las debilidades humanas.

Esperábamos con ansia el gesto definitivo
que inaugurase tu Reino sobre la tierra.
Pero tú mirabas siempre más allá,
hacia un centro misterioso de tu vida
que escapaba continuamente
a nuestra comprensión.
Hablabas de un alimento desconocido
que la voluntad del Padre te iba preparando.

Hablabas de una «hora»
que revelaría plenamente la gloria del Padre.

Cuando llegó esa hora
—que fue la hora de la cruz y de la muerte—,
nosotros huimos.

Te pedimos perdón una vez más
por nuestra cobardía:
tenemos miedo
de un amor que se entrega hasta la muerte.
Te pedimos perdón por nuestra poca fe:
queríamos que salvaras a los hombres
ajustándote a los proyectos de los hombres.
No creíamos en la energía prodigiosa
que iba a brotar de tu obediencia filial;
no creíamos en el amor sin límites
con el que el Padre crea, protege,
salva y renueva la vida de cada hombre.

Señor, aumentanos la fe,
como raíz de cualquier amor verdadero al hombre.

¿Cómo podemos testimoniar tu amor?
Tú nos hablaste un día de un hombre
que bajaba de Jerusalén a Jericó
y fue asaltado por los bandidos.
Señor, ese hombre nos llama.
Ayúdanos a no quedarnos entre los muros
del cenáculo.

Jerusalén es la ciudad de la Cena,
de la Pascua, de Pentecostés.
Por eso nos empuja a salir
para convertirnos en prójimo de todo hombre
en la calzada de Jericó.²

La acción del Espíritu en nosotros

Concédenos, oh Espíritu Santo, comprender la multiplicidad de tu acción en medio de nosotros.

Haz que te sintamos dentro de nosotros como Espíritu filial, Espíritu de paz interior y de reconciliación comunitaria y social.

Haz que te sintamos como Espíritu misionero, conquistador y unificador de los pueblos en el único Evangelio.

Haz que te sintamos como Espíritu de comunión eclesial, Espíritu que anima la unidad de los carismas, que unifica la multiplicidad de los ministerios y nos permite experimentar anticipadamente algo del misterio trinitario en el que el Espíritu nos introduce ya ahora en esta eucaristía.

Concédenos, oh Padre, que en la comunión con tu Hijo experimentemos de manera anticipada la alegría del Espíritu y entremos en el misterio de la santa e indivisible Trinidad.³

Espíritu de verdad

Ven, Espíritu Santo,
y danos una interioridad fuerte,
danos el ansia misionera,
la pasión y la alegría de construir la ciudad
y de trabajar con muchos otros hombres
y mujeres
a la espera de tu Reino.
Rey celestial, fuente de consuelo,
Espíritu de verdad,
tú que estás presente en todo lugar
y lo llenas todo,
arca de bienes y dador de vida,
ven y habita en nosotros;
tú que eres bueno,
purifica de toda mancha
nuestras almas y sálvalas.
María, que has sido vivificada, colmada
y santificada por el Espíritu Santo,
ruega ahora y siempre por nosotros.⁴

Soplo del amor del Padre

Oh Espíritu Santo,
soplo del amor del Padre y el Hijo,
unifica a los hombres en el cuerpo de Cristo,
anima a la Iglesia

y plasma en nosotros la imagen de Jesús
para hacernos conformes a él.

Oh Espíritu Santo,
llénanos de tu fuego,
que solo puede hacernos arder de amor;
reaviva las relaciones languidecientes,
reducidas a dar y tener;
haznos testigos de la gratuidad;
haz que entreveamos en la eucaristía tu gracia;
movilízanos para proclamar el Evangelio;
concédenos reflejar siempre tu santidad.

Y tú, María,
que siempre estuviste movida
por el Espíritu Santo y su gracia,
obtennos creer en la presencia
del Espíritu en nosotros
y concédenos ser dóciles a su acción
en nuestros corazones, como lo fuiste tú.⁵

El viento del Espíritu

Que el viento del Espíritu,
que vamos a invocar todos juntos
unifique y llene nuestra casa.
Que las lenguas de fuego descendan,
por intercesión de María,
sobre cada uno de nosotros, para que cada
cual profetice según el don recibido
para el servicio de la Iglesia de Dios
y en favor de todos quienes aguardan
el fruto del acontecimiento de Pentecostés.⁶

«Ven, luz verdadera;
ven, vida eterna;
ven, amor indecible;
ven, misterio escondido;
ven, artífice de la unidad y la armonía;
ven, esperanza que a todos quieres salvar;
ven, fuente de la paz y el consuelo;
ven, tú que, siempre inmutable, te mueves
continuamente para venir hacia nosotros.
Ven, oh Espíritu Santo».
(Simeón el Nuevo Teólogo)

Penetra en nuestra vida

Ven, oh Espíritu Santo,
y penetra en la profundidad de nuestra vida,
allí donde están acumulados los recuerdos,
los buenos y los malos,
los conservados y los que parecen perdidos.
Ven, oh Espíritu Santo,
a purificar nuestra memoria,
a conferirnos plenitud y santidad.
Sin ti, oh divino Espíritu,
Dios parece lejano
y Cristo se queda en el pasado;
la Iglesia, en una simple organización;
el Evangelio, en letra muerta;
la misión, en propaganda;
la liturgia, en arqueología;
Eres tú, oh Espíritu de verdad y amor,
quien ennobleces la creación,
quien haces presente al Padre,
quien pones en medio de nosotros
a Jesús resucitado,
quien haces de la Iglesia una comunión;
del Evangelio, una realidad viva,
y de la liturgia, un memorial eficaz.⁷

La disciplina del corazón

Ven, Espíritu Santo,
e infunde en nosotros la disciplina del corazón,
de la mente, del silencio,
que es necesaria para vivir profundamente
este momento importante de nuestras jornadas.
Aleja de nosotros las distracciones,
los pensamientos molestos,
y ábrenos los oídos y el corazón
para escuchar la palabra del Señor.⁸

Amor derramado en los corazones

Espíritu Santo,
amor derramado en nuestros corazones,
danos la valentía y la gracia
de acercarnos a los hermanos
con el gozoso testimonio de nuestra fe;
con la sencillez y el entusiasmo
de quien sabe que posee un tesoro inestimable
que ha de comunicar y compartir;
con la sabiduría del corazón,
que nos hace dar a todos razón,
con verdad y humildad,
de la esperanza que nos habita.
Amén.⁹